

BLANCO DE PLOMO

Obra de teatro en 4 actos.

Acto 1.

Hagalaz. Una mujer joven vestida de rojo.

La Muerte. Una figura andrógina muy bella, vestida de un blanco reluciente.

El Deber Ser. Una figura velada, silenciosa, vestida elegante pero minimalista.

Coro. Cinco personas que presentan la escena.

Escena 1.

Aparece una habitación totalmente vacía. En el centro, pero al fondo, hay una gruesa viga de madera. En una esquina trasera hay una figura velada, parece ser una mujer. Permanece en penumbra y de vez en cuando un haz de luz blanquísima la ilumina. No se menciona nunca quien es, pero realmente es Dios, aunque nosotras la conoceremos por el “Deber Ser”. Es ella quien da las órdenes, apenas habla, se mantiene siempre en una esquina de la escena. Esta figura, de repente, da una palmada sonora.
Entra un coro de cinco personas que declaman:

CORO: “¡Ay! No sabes ya quien eres, quieres saber cual es el sentido de tu vida, pero sabes que si lo supieras tu vida ya no tendría sentido.

Pero te da igual. Aquello que han tenido que ver tus ojos pesa más que una pluma, y tu corazón no puede soportar tanto peso.

La diosa dejó caer los platillos de la balanza, y tu pena la inundó.

A la Parca le escuece la hiel de tu hilo entre sus dedos.

Ya todo parece inservible y has decidido tomarte tu propia justicia por tu propia mano.

¿Crees que el Deber Ser aprobará tu capricho?

Realmente no eres la dueña de tu hilo, por mucho que te queme.

Algo te está observando aunque creas que estás sola.

Dentro de ti sientes que ese algo desaprueba lo que pretendes hacer, pero no quieres escucharle”.

Una mujer joven vestida de rojo con un vestido amplio hasta los pies aparece en la escena con un espejo en la mano. Se mira en él.

HAGALAZ: ¿quién soy yo? Observo y miro el pico del búho y la pata de mi perro. Juro que ni siquiera de eso estoy segura. Solo sé que me he convertido

en aquello que siempre he temido: sin esperanza, marginada y condenada al ostracismo. El búho, mi perro y yo somos náufragos en la tierra.
He perdido la perspectiva, todo lo veo plano sin sentido.
Solo veo la luz de la luna, que nunca brilla con luz propia, es una mentirosa y un parásito del cosmos.
Nos embruja, a las mujeres y a las mareas. Y nos vuelve vulnerables a los caprichos de los sentimientos.
La madre luna me ilumina con desdén, soy su acólita, también miento y ya no brillo con mi propia luz. Mi fulgor no nace de dentro de mí sino de lo poco que queda de mi pasado. Ese falso brillo reluce sobre todos, pero solamente sobre mí tiene ese efecto suicida.
Yo no busco el mal en la humanidad, solo en mí misma.
Oh, reina de la noche, a ti me entrego, a tu profundidad y a tu locura.

Se mira en el espejo y se besa.

HAGALAZ: Ay, niña. Añoraré tu precioso rostro, aunque andaré por aquí, no me alejaré demasiado, te lo prometo. Es la hora de abandonar este cuerpo, pero nunca te abandonaré a ti.
Sentirás mi presencia como los copos de nieve que se derriten sobre tu rostro, suave e invisiblemente. No hay nada de extraño en eso, nada hay que temer.
Lo ves, lo sientes, pero no puedes evitar que se derrita, que desaparezca esa estrella de belleza congelada.
Cuando las flores de nieve se descongelan es porque la primavera ha llegado. Desaparecerán para siempre pero a la vez volverán a nacer. Las hojas pasadas como el papel raído van descomponiéndose en el suelo húmedo del otoño. Es hora de despedirse de ellas, y agradecerles que alimenten la tierra y fertilicen el manto acogedor del suelo. El que sujeta árboles y arbustos, y acuna a los pequeños animales.
Nada en la naturaleza muere realmente.
Es hora de que te quites ese traje gastado y rasgado, y que cambies los harapos por un traje prístino, claro, limpio, transparente, blanco.
Quítame este abrigo viejo y ponme tu traje de seda.

Llevo viviendo en este piso, en el desván de un viejo edificio, y he vivido aislada desde entonces. Yo no vivía dormida como los otros, sino que a pesar de esa oscuridad mi mente estaba lúcida e inspirada por los rayos del dios Mitra.

Nunca he considerado que mi corazón latiera con esa misma frecuencia. Con la misma con la que laten los corazones de mis vecinos.
No puedo creer que ahora sienta pena por esto.
He perdido todo, no tengo nada pero me siento libre, y tengo el corazón roto.

Quiero vivir en otro mundo, no esta realidad que ya no la es más. Quiero dejar de mirar todo a través de un cristal turbio.

Sale de la escena por un instante, y vuelve de nuevo con un bolso enorme que lleva arrastrando, es muy grande y pesado. De él saca una maroma enorme y pesada, vieja y corroída. Apenas puede arrastrarla de lo pesada que es. Ella no llora pero hiperventila fuertemente. En el escenario sólo se escucha el sonido de un corazón y el coro que hiperventila con ella.

Silencio absoluto, intenta lanzar la maroma por encima de una viga pesada de madera, pero la maroma pesa tanto que no puede. Lo intenta varias veces y se echa a llorar al suelo.

Entra una bellísima mujer joven, muy blanca y apacible, da la sensación de paz y calma, su voz es dulcísima y agradable. Sus formas son educadas y correctas. Lleva un vestido blanco hasta los pies, como de novia, con una capa-chaqueta muy brillante y reluciente.

Lleva un pequeño velo con diamantitos y brillantes sobre el rostro y un enorme hacha en la mano. Anda descalza. Su voz es firme pero implacable, aunque siempre dulce y suave.

La observa y se ríe todo el rato. Es la muerte.

MUERTE: No lo conseguirás aunque lo intentes mil cien veces.

HAGALAZ: Lo conseguiré a la que hace mil ciento una.

MUERTE: No lo conseguirás aunque lo intentes mil cien veces.

HAGALAZ: ¡¡¡Lo conseguiré a la que hace mil ciento una!!!

La mujer de blanco, la muerte, se acerca a ella y con el hacha remueve y toquetea la maroma.

MUERTE: Esto no te servirá de nada, la herramienta da igual.

De todas formas te diré que yo, que soy una experta en este tema, en cosas tétricas y truculentas, que esta cuerda es demasiado pesada y gruesa para tu cuello. La próxima vez, o cuando sea menester, te traeré yo una cuerda adecuada, como de saltar a la comba, como la que tenías de pequeña. O mejor un pañuelo, una sábana roída, o lo más bonito de todo... un foulard de seda, como Isadora.

HAGALAZ: Isadora no se suicidó.

MUERTE: Relativamente. Ella ya estaba cansada, me había invocado ya varias veces, solo que yo no le había hecho mucho caso.

Lo del coche sí que fue un accidente, pero yo ya pensaba hacerle pronto una visita.

HAGALAZ: Yo hablo de Isadora Duncan.

MUERTE: Sí, y yo también.

HAGALAZ: Siempre admiré su alegría de vivir, no me creo eso que dices.

MUERTE: Más alegría que la tuya seguro (ríe). Ella ya me había llamado cuando la vi aquel día en Niza, con un foulard de seda maravilloso, carísimo, en su descapotable. No pude refrenarme y tuve que llevármela.

Un precioso final para una gran mujer.

HAGALAZ: Sí que fue una gran mujer.

MUERTE: Y tú también. Por eso no vuelvas a elegir esta mierda (señala la maroma).

HAGALAZ: Me miras con buenos ojos.

MUERTE: Que tengas el corazón roto no te quita dignidad como mujer, en todo caso le quitaría a él honestidad como hombre.

HAGALAZ: ¿Cómo sabes qué me pasa? ¿le conoces a él? No quiero que le pase nada malo... a pesar de todo.

MUERTE: Te conozco bien, os conozco a todos.

Cuando me llamáis acudo y siempre os escucho. Otra historia es que yo os haga caso.

La mayoría de las veces son tonterías pero... bueno, yo siempre escucho.

Aunque pocas veces actúo.

HAGALAZ: Pero a él... ¿le va a pasar algo?

MUERTE: Que no, que no le va a pasar nada. Él ni siquiera sabe que existo.

Nunca me ha llamado. Apenas le conozco, lo que sé de él es casi todo por ti.

Por todo el peso de tu corazón que llevas a causa de él.

HAGALAZ: Por su culpa todo...

MUERTE: Dejémoslo por su causa. No todo el mundo tiene la culpa de todo.

HAGALAZ: Él me rompió el corazón. Lo tiró al suelo, lo pisoteó y se meó en él. Jactándose, dijo que había sido lo mejor que había hecho en su vida y que se arrepentía de no haberlo hecho antes.

La muerte coge la maroma, la mete en el bolso y la aparta de la escena.

MUERTE: Esta bazofia la aparto, ¿vale?

HAGALAZ: ¿Quién eres tú? ¿de dónde has salido? Creo que finalmente he muerto y no soy consciente de nada.

Hablas con conocimiento de causa... ¿por qué me conoces? ¿qué sabes de mí? Yo no te he llamado... ¿por qué dices que te he llamado?

Hagalaz se lanza hacia la maroma. La figura misteriosa del fondo, el Deber Ser, pega otra palmada, la muerte se asusta y reacciona.

MUERTE: ¡Quieta! ¡No puedes modificar el deber ser!

HAGALAZ: ¡Largo! ¡déjame! Quiero ir a las tierras donde siempre es verano.

MUERTE: ¡No puedes entrar si yo no te entrego la llave!

HAGALAZ: ¿Quién eres? ¡contesta!

MUERTE: Soy la Parca, ¡tonta!

HAGALAZ: ¿Por qué siempre lo más tétrico ha de ser femenino?

MUERTE: No soy tan tétrica, pero te puedo decir que al igual que las mujeres traen la vida, es una mujer la que te la puede quitar.

HAGALAZ: ¿eres la muerte?

MUERTE: Esa misma soy.

HAGALAZ: Pero... vas de blanco...

MUERTE: ¿Y qué? Vosotros creéis que el negro es mi color, pero realmente yo voy vestida de blanco. Como una novia, una niña vestida para la primera comunión.

HAGALAZ: Pero es símbolo de pureza... y tú no eres eso.

MUERTE: Te equivocas. Yo purifico, soy la solución a todos los problemas, limpio aquello que ya está caducado y obsoleto. Soy la liberación para el sufrimiento. Las novias no son puras, van de blanco porque pierden su libertad. Son como viudas que se despiden de su esclavitud. Las niñas de comunión se despiden de su infancia y reciben una adolescencia inminente.

Son dolientes de la niñez, ¿ahora me entiendes?

HAGALAZ: Sí, pero me sacas de mis casillas, siempre creí que el blanco era vida y no muerte.

MUERTE: El blanco no es tan inocente como tú te crees. El blanco se consigue a partir del plomo. Es un metal pesado que cuando entra en contacto con el vinagre o nuestra propia hiel provoca una viruta brillante y vibrante. Es el color blanco de plomo, el albayalde. Es bellísimo como la luz de la luna. Pero al igual que ella, es peligroso y desconocido. Te arrastra hacia su belleza pero es venenosa y letal. Es de lo que yo me alimento y con lo que me arrepello.

Las hetairas griegas lo mezclaban con miel y lo usaban como cosmético, para embellecerse. Esto los volvía locos. Cuando besaban la mixtura del azúcar con el plomo llevaba a los hombres a la locura absoluta.

HAGALAZ: ¿las hetairas?

MUERTE: Sí, putas finas. Mujeres de compañía, confidentes, cultas, encantadoras y liberales. La tabla de salvación de los maridos aburridos.

Aquellas esposas sumisas se arrancaban los pelos de puros celos. No porque sus maridos se follasen a otras... sino porque esas otras eran como estrellas en el cielo: fulgurantes, brillantes, pequeñas, discretas y necesarias.

Y sabían que sus maridos pensaban en sus hetairas mientras cumplían con su deber conyugal, y me llamaban entre lágrimas, deseaban que yo las poseyera a ellas, querían morir porque no podía más de celos...

HAGALAZ: También podría haber sido una bonita forma de haberme deshecho de él... el haber ido envenenándolo con mi maquillaje y sus besos.

MUERTE: Por suerte no lo has sabido hasta ahora. Y creo que lo hubieses intentado.

La mujer del fondo, el Deber Ser, da un manotazo en el suelo y hace un gesto de ¡basta!.

La mujer y la muerte se quedan calladas de repente. Como si hubiese pasado un ángel.

HAGALAZ: Ha pasado un ángel.

MUERTE: Sí, el ángel de la muerte, yo.

HAGALAZ: (ríe fuerte) me caes bien, eres graciosa.

MUERTE: Lo sé, no podéis vivir sin mí.

HAGALAZ: Si no me queráis... ¿por qué acudes a mí?

MUERTE: Buena pregunta. Tengo que encomendarte una cosa. Solo tú la puedes hacer. No me preguntes por qué. Eso ya no es cosa mía (señala a la mujer velada que está al fondo).

La mujer velada pega un manotazo en el suelo.

MUERTE: La cosa es... que existe un taller, en el cual unas niñas hilan y bordan a la luz de la luna.

HAGALAZ: ¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

MUERTE: ¡Escucha! Bajo el relente de las estrellas deberás encender esta varilla de incienso, invocando a los espíritus de las madres protectoras, las llamarás y encenderás la esperanza dentro de lo que parece imposible.

HAGALAZ: ¿Para qué? ¿qué tiene eso de transcendental o de especial?

MUERTE: Ese aroma servirá de unión entre el consciente y el inconsciente. En ese hueco espacio-tiempo que quedan entre ambos deberás hacer algo en ese inframundo. Allí te echarás a la cara a un ser despreciable que deberá ser ejecutado.

HAGALAZ: ¿Ejecutado? ¿asesinado? ¿por mí?

MUERTE: En este mundo lo llamáis asesinado, pero debe ser ejecutado. No puede permanecer más tiempo aquí. Su presencia aniquila el suave y armonioso aleteo del efecto mariposa, que no es otra cosa que el ritmo vital de nuestro corazón.

Este ser está dispuesto a hacer algo de una crueldad intolerable. Arrancarles las alas a unas mariposas. Si no se le ejecuta ahora, seguirá ejerciendo su crueldad para la eternidad. Y tú eres la que ha de hacerlo.

No me preguntes por qué porque eso ya no es cosa mía (señala a la mujer velada).

HAGALAZ: ¿y cómo lo haré?

MUERTE: Irás al taller para encargarle un vestido de novia, todo bordado en plata, formando hojas de acanto y brotes de olivo. La plata debería ser recogida en Laurión en el filón de Marónea, y bordado por manos puras. Esas manos son las que tenemos que salvar.

HAGALAZ: ¿Habré de pagarlo? ¿podré hacerlo?

MUERTE: Todo lo que te pida. No negocies, no podemos hacer que él recule o rechace el encargo. No podemos arriesgarnos. Sólo pon las condiciones, él aceptará seguro.

HAGALAZ: ¿Cómo sabré quien es? ¿y si me equivoco? ¿y si no lo consigo? ¿dónde estarás tú?

MUERTE: Le reconocerás. Es un ser repulsivo, hay una fuerza oscura que pulula a su alrededor que te provocará náuseas. A su paso las flores se marchitan y los pájaros olvidan su timbre. Todo es peste en su aura, mal olor a podredumbre. Él es la cara negra de la luz. Es más oscuro que la misma oscuridad, que el fondo del Tántalo, que yo misma aun siendo la muerte.

Él es la verdadera muerte, es el cuervo negro y la cabra cornuda.

Hace burla de los propios dioses ctónicos y del mismo aliento divino.

Él cristaliza todo lo que es maligno, odioso y envidioso. Todos los demonios salen del infierno en busca de algo. Normalmente suelen ser otros demonios pero en este caso salió en busca de unos ángeles.

La maldad es necesaria y también es respetada, pero en la encarnación de este hombre es algo inadmisibile, no podemos retenerle más. Solo queda la ejecución.

Encarna la ansiedad por el sexo sin sentido, la adoración sin límites al mundo material más repugnante, es corrupto y se deja sodomizar, se deja seducir, pero sólo se ama a sí mismo. Bueno... más bien se idolatra.

El Divino Aliento le otorgó los más grandes dones pero sólo los utiliza para su propio bien y para castigar a los demás con los ojos abiertos.

Los vicios, las intrigas, el abuso de poder y los caprichos, pasando por encima de todo y de todos, el orgasmo de tener el dominio y la pujanza, el alimentarse de la debilidad y la inferioridad... todo esto es un brevísimo resumen de su hacer.

Su nombre el HELEL, recuérdalo.

La mujer velada da una palmada y le entrega un paquete a la muerte, y ésta, a su vez, se lo entrega a Hagalaz. La mujer lo abre y saca un revólver. Coge el bolso grande y saca y tira la maroma. Mete el revólver dentro y abraza el bolso.

Se apagan las luces, Cae el telón.

Fin del primer Acto.

Acto 2.
Escena 1.

Las cinco niñas:

Feirefis

Binami

Dacmasu

Laguz

Aiyin

Helel, hombre joven, rubio con pelo largo y ojos claros.

Hagalaz

El secretario.

Aparece un taller de costura, ordenado y correcto, con una mesa en el centro del escenario y cinco sillitas. Es de noche y a través de una ventana la luz de la luna ilumina la habitación. Se oye el mar de fondo.

De repente, se abre una puerta y aparecen en fila india cinco niñas muy jóvenes, entre 6 y 12 años, riendo y vistiendo vestidos amarillos. Llevan una

mochilita cada una. Parlotean y hablan tonterías. Ocupa cada una su lugar en la mesa y comienzan a trabajar en una labor.

Feirefis, Binami, Dacmasu, Laguz y Aiyín se sientan.

AIYÍN: Feirefis, ¿por qué no guías tú el rezo de hoy?

FEIREFIS: Yo ya lo hice hace dos días. Que empiece Binami y yo le sigo.

BINAMI: ¿Os parece bien la Oda a Afrodita como oración de hoy?

TODAS: Sí, sí. Atraeremos el amor.

AIYÍN: Amor en este agujero inmundo...

DACMASU: Amor en el corazón de nuestro amo...

LAGUZ: Eso es imposible, Helel no tiene corazón.

FEIREFIS: Bueno... empecemos... ¡atentas!

Todas dejan la labor y agachan la cabeza. Colocan sus manos en posición de veneración.

TODAS: ¡jáire Afodrita, te guarde tu padre, nuestro padre Zeus, que tu cabello refulja entre las olas del mar, que las aguas cristalinas dibujen tus ojos, con los que nos proteges y nos cuidas.

Llena nuestro corazón y el de nuestro amo con pensamientos de amor.

Elimina el dolor de las almas, cura las heridas con la yema de tus santos dedos, e impón tus sagradas manos sobre nuestras cabezas mientras bordemos.

Amén.

Las niñas se santiguan y comienzan la labor de nuevo.

FEIREFIS: ¿Para quién es este trabajo? Es muy bonito y delicado. Sólo nuestras manos tan pequeñas pueden hacerlo. Unas manos adultas lo arruinarían.

LAGUZ: Es un hábito de monja. Es el que utilizan cuando se casan.

BINAMI: Las monjas no se casan. No pueden enamorarse.

LAGUZ: Sí se casan. Yo he visto que llevan anillo.

AIYÍN: Yo preferiría hacer ropita para mis muñecas.

DACMASU: Se casan con Dios, por eso llevan una alianza. Yo también lo he visto.

LAGUZ: Muy guay, un marido que no se queja, no se tira pedos y al que no hay que olerle los pies... y que no te toca lo que tú no quieras.

AIYÍN: ¿A qué te refieres? ¿qué quieres decir con tocarlo?

LAGUZ: (Bajando la mirada) sí, cuando nos acaricia con sus manos de mármol.

AIYÍN: (Levantando la voz) no sabemos a qué te refieres.

LAGUZ: Sí, nuestro señor. Cuando nos pide que cerremos los ojos y nos cuenta esas historias y esos cuentos de hadas. En el momento que nos sentimos en esos lugares mágicos a los que él nos lleva... a veces siento un

olor a leche rancia, a mantequilla pasada, y una respiración que me rodea, como oliéndome de arriba abajo... luego una piel fría como un sapo, me acaricia pero no me gusta... después siento helor en mi boca.

FEIREFIS: ¿De qué hablas? Sin duda, es todo fruto de tu mente de niña pequeña. A tu edad aún no se sabe discernir entre lo real y lo imaginario. El señor nos cuenta historias bonitas para entretenernos, para hacernos más ameno este trabajo de hilar a la luz de la luna.

Enhebrando hilo de algodón fino y cosiendo dalias y flor de azahar para las monjas y para los ricos.

No te imagines más allá de lo que realmente es... el señor Helel es bueno, es un ángel, nos quiere y nos cuida.

BINAMI: Ahora que Laguz lo comenta... a mí en ocasiones me parece sentir que alguien me toca o que gotas de sudor frío caen sobre mis muslos... pero cuando despierto vagamente lo recuerdo. De hecho, no sé si lo recuerdo o es que así ha ocurrido.

DACMASU: ¡Viene Helel!

Todas se ponen de pie y agachan la cabeza. Entra un hombre de tez blanca, ojos claros y pelo rubio como hebras de oro. Bellísimo como sacado de una pintura de Bouguereau pero sin su amaneramiento. De ademanes serios pero correctos, lleva un pantalón negro y una camisa blanca muy informal pero elegante. Su rostro es amable y sonriente. Entra en la habitación sin llamar y saluda a las niñas con voz cantarina y alegre. Las niñas le reciben con un saludo.

HELEL: Buenas noches mis niñas. ¿cómo va la jornada? ¿cómo lleváis la labor?

Os traigo un pequeño aperitivo, os lo serviré durante el descanso. Contadme cómo está yendo todo...

FEIREFIS: Estamos bordando la capa y el hábito que nos ordenaste la semana pasada, y ya lo vamos a acabar.

Helel se acerca para inspeccionar la labor y deja una bolsa de tela en el suelo.

HELEL: Qué belleza, qué primor, ningunas otras manos podrían llegar a tal nivel de perfección. Me parece estar oliendo el perfume del azahar que sale de vuestras sagradas manos (coge las manos de Binami y las besa). El hilo de finísimo algodón es esparto puro antes de pasar por vuestras manos. Ni la mismísima Atenea tras vencer a Aracné se atrevería a mirar semejante trabajo... moriría de envidia aun siendo diosa inmortal.

Ni las mismas monjas serían capaces de hacer semejante trabajo de belleza y primorosidad.

LAGUZ: ¿Para quién es el encargo? ¿lo podríamos saber?

HELEL: Claro que sí mi niña. Es precisamente un trabajo encargado por las monjas vestales para una misa de iniciación. Algo importante para ellas. Una pieza única para un momento único. Ni ellas mismas se hubieran atrevido a intentar enhebrar vuestras agujas de oro y a coser con vuestros hilos de seda. Qué belleza, qué hermosura.

En ese momento, el secretario entra al taller.

HELEL: ¿Qué pasa secretario? ¿ocurre algo?

SECRETARIO: Una mujer en la puerta, quiere hablar con usted, va sola... quiere encargarle algo...eso dice.

HELEL: (extrañado) Pero... ¿te ha comentado de qué se trata?

SECRETARIO: No me ha querido contar nada, ni siquiera quien nos ha recomendado... dice que es un encargo importante y algo secreto, no me ha dado mala espina. Al fin y al cabo es una mujer sola. No creo que sea peligrosa o que quiera algo raro. ¿la va a recibir?

Helel se queda pensativo, mira a las niñas. Da vueltas por la habitación.

HELEL: Dice que lo que quiere es un encargo, ¿nada más?

SECRETARIO: Sí.

HELEL: ¿Y viene sola? ¿No trae nada ni a nadie?

SECRETARIO: Ella sola, sólo trae un bolso de señora, pero muy grande.

HELEL: Vale, la recibiré, pero déjame que antes saque a las niñas de aquí. Desconfío.

Y recóglele el bolso. Que no entre con nada. En cuanto yo te dé el visto bueno la dejas pasar. ¿de acuerdo?

Toma Feirefis, salid al patio y tomáos los aperitivos. No entréis hasta que yo os lo señale.

Las niñas se levantan, cogen sus mochilas y salen por una puerta trasera con la bolsa de los aperitivos que les ha traído Helel.

Helel recoge un poco las sillas y ordena el taller. Se pone una americana y se atusa la coleta. Mira por la ventana y se cerciora de que las niñas están en el patio.

HELEL: Secretario, que pase por favor.

Entra Hagalaz por la puerta principal, un poco asustada.

HELEL: Sí, adelante.

HAGALAZ: Yo quisiera hablar con el señor Helel.

Helel se queda mirándola embelesado y la observa divertido, se sienta, suspira y sonríe.

HELEL: ¿Qué deseaba? ¿Para qué quiere hablar con el señor Helel?

HAGALAZ: ¿No está él?

HELEL: Es un hombre muy ocupado, viene de vez en cuando, yo le puedo transmitir su mensaje, si tiene usted a bien el transmitírmelo a mí primero.

HAGALAZ: Tengo que hacerle un encargo. Un trabajo importante y debe ajustarse a lo que yo le voy a decir. Así que por favor, tome buena nota.

HELEL: Sí, yo tomaré apuntes y se lo pasaré al señor Helel (se gira y toma un cuaderno de notas y un lápiz). ¿Y qué es lo que quiere? ¿en qué puedo ayudarla en este humilde taller?

Se quedan mirándose unos segundos, callados.

HELEL: ¿Y bien?

HAGALAZ: Quisiera que me confeccionaran un vestido de novia, debe ser de corte imperio en tela de seda de Rodas. Aquí tiene las medidas. El bordado ha de ser confeccionado en hilo de plata del filón de Marónea y formará hojas de acanto y brotes de olivo entrelazados.

HELEL: Espere, espere... todo esto es algo muy específico, no es cualquier cosa, el señor Helel querrá saber para qué o para quién es.

HAGALAZ: Es para una novia, sería un vestido de novia.

HELEL: ¿Se casa usted?

HAGALAZ: No, no es para mí. Es para alguien... para una persona muy especial.

HELEL: Su modestia me parece encantadora... ¿por qué no podría ser usted esa persona tan especial? ¿por qué no se sienta usted? Hablemos claramente de su encargo... es algo realmente especial... usted sabe que la plata del filón de Marónea no puede ser trabajado por manos ordinarias...

HAGALAZ: ¿No? ¿No pueden hacerlo manos normales?

HELEL: ¡Claro que no! Es por ello que ha venido usted a este taller, ¿no es así?

HAGALAZ: Ah, si... me dieron muy buenas referencias sobre este lugar. Pero necesito hablar con Helel, quiero encargarle yo el trabajo. Quisiera hablar con él, por favor.

HELEL: (amable pero divertido, riéndose) El señor Helel es un señor muy ocupado. Extremadamente. Siempre está de viaje de negocios. Yo soy su hombre de confianza, le garantizo que le transmitiré su mensaje fielmente... palabra por palabra.

Hay un silencio entre los dos, se miran y bajan la mirada.

HAGALAZ: Apunte bien el encargo. Se lo recuerdo... (se queda pensativa y se le queda mirando)

HELEL: ¿Está usted bien? ¿está usted jugando conmigo? ¿por qué tiene tanto interés en el señor Helel? Me parece exagerado.

HAGALAZ: Nada, es por lo especial del encargo, y por el presupuesto que manejaremos. Quisiera dejarlo bien claro y sin margen para errores.

HELEL: (poniéndose muy serio) Le aseguro que le verá, pero antes ha de hablar conmigo. Dígame qué es lo que quiere.

HAGALAZ: Vale, se lo repetiré, apunte por favor. Quiero un vestido blanco, largo hasta los pies, con falda de medio vuelo, corte imperio y manga larga.

Será un vestido para una novia, deberá estar confeccionado en seda de Rodas y bordado, como ya le he indicado antes, en hilo de plata del filón de

Marónea, la plata más bella y más pura.

El dibujo a bordar serán las hojas de acanto iguales a las de los capiteles de las columnas de nuestros antepasados, y brotes de olivo como que los que la sagrada paloma nos regaló como símbolo de paz.

No tengo presupuesto, pagaré lo que sea.

HELEL: ¿Lo que sea?

HAGALAZ: Pero me lo tendrá que entregar el señor Helel.

HELEL: Sellemos nuestro acuerdo con un pequeño brindis. ¿bebe usted?

HAGALAZ: Sí, un poco.

Se quedan embelesados mirándose. Helel saca dos copas muy pequeñas y finas de cristal y una botella de algún licor.

HELEL: Perdóneme la sencillez. Pero soy un hombre de gustos básicos.

HAGALAZ: Yo también lo prefiero así, gracias.

HELEL: Con este pequeño brindis sellamos nuestro trato, será un vino vinculante, ¿le parece correcto?

HAGALAZ: Sí, correctísimo. Bebamos entonces ahora.

Hacen una libación, una ofrenda para los dioses y beben ellos.

HELEL: Ahora que hemos firmado nuestro contrato, con los dioses como testigos, he de comentarle que ciertos matices acerca de cómo se trabaja en este ergastío...

HAGALAZ: ¿sobre el señor Helel?

HELEL: No exactamente. Mire, nuestro taller es algo fuera de lo normal. El resultado de nuestros trabajos no es casualidad, nuestras trabajadoras ...

ellas... verá... tienen manos extremadamente finas y cuidadosas, y tienen un don especial para la costura y el bordado.

HAGALAZ: Me parece perfecto... no veo ningún problema. ¿Y cuándo estará terminado?

HELEL: ¿Cuándo se casa ella?

HAGALAZ: ¿Qué cuando se casa ella? Esto... es algo urgente, la semana que viene.

HELEL: (ríe) Me deja usted muy poco margen. ¿Me deja que le diga algo? (se levanta de su silla y se sienta al lado de Hagalaz). Me alegro que el vestido no sea para usted.

HAGALAZ: ¿Se alegra usted? ¿qué quiere decir?

HELEL: Que me moriría de celos si me dijese que ese vestido de novia es para usted. Me parece tan preciosa, tímida, callada, ¿qué secretos guarda su corazón? Acábate la copa y ábrete a mí... quiero conocerte.

Se acerca a ella y la huele. Hagalaz tira al suelo la copa de cristal.

HAGALAZ: Ay, ¡lo siento! Se me ha resbalado de los dedos. Qué tonta.

Se levantan.

HELEL: (ríe) Eso es buen fario, iré a limpiarlo, tranquila, yo vuelvo en un instante. (Sale).

HAGALAZ: (Se levanta y se mueve por la sala) sin duda... somos almas gemelas. No sé si es amor o es deseo, eso que ha chisporroteado con un choque de vibración, como dos piedras de sílex besándose con violencia. Ya casi no recordaba este amor excitante que hace que me lata el corazón en el fondo de mi garganta.

Qué hermoso ser. Qué hombre tan especial... su voz es como el maullido de un recién nacido, traspasa mis oídos y golpea mi corazón convirtiendo lo que era de plomo, en oro.

Siento que es algo más que ese escalofrío de atracción sexual, le he mirado a los ojos y he visto el alma del mismísimo dios Apolo.

Su pelo se podría confundir con la corona del dios. No sé si podré mirarlo a los ojos de nuevo y soportar ese eclipse que se impone en mi mente y que esconde el propósito que me trae hasta aquí... he de encontrar a ese Helel, y ejecutarlo tal y como la muerte me dijo.

Pero un giro de la rueda hace que me encuentre ahora con aquello que tanto he soñado.

Mi vida ha sido como un caserón en ruinas en un eterno mediodía de invierno. Y ahora siento que las flores de un almendro se abren dentro de mí. No sé ni cómo se llama, pero le he pensado tanto, y he creído verle y olerle en todos los rincones de los cuerpos de otros. Y mientras lloraba otra ausencia... resulta que el amor estaba esperándome aquí, perdido y escondido.

¿cómo pude dudar un instante de la existencia de seres tan especiales en este vertedero en el que vivimos?

Cada vez que pronuncia una simple palabra, se me antoja la letra de una balada de amor. Él es él. Se marchó pero ahora ha venido a buscarme.

Helel la escucha hablar así y se acerca a ella.

HELEL: ¿No es curioso? Nos hemos estado buscando durante años, siglos, quizá vidas. Y ahora, apenas sin hablarnos, sabemos que un hilo de plata nos mantiene en dulce tensión.

Mi corazón martillea tan fuerte que no sé cómo mi secretario y las niñas no acuden asustados. Le abro los brazos a la vida y a aquello que la mismísima Parca me ha enviado, y con agradecimiento y de rodillas acepto esta pequeña ofrenda que se me destina. (La abraza).

No huyas, no te vayas...

HAGALAZ: No lo haré, no podría, igualmente.

HELEL: No puedo creer mi suerte.

HAGALAZ: Ni yo la mía. Al verte casi ni podía hablar, tu vibración me ha subyugado, pero ahora quiero subyugarme a ti y que tú te subyugues a mí.

Quiero que nos quedemos así, hechos de piedra de mármol, como eternizados por la mano del Divino Miguel Ángel.

Sería imposible por este calor que nos arde por dentro y hace que sienta abrirme a ti como las alas de una mariposa.

Quiero quedarme aquí, contigo, mirando ese azul de tus ojos que no consigo descifrar...

El amor que condené al ostracismo se desliza ahora mismo por fuera de mi bolsillo, yo lo saco y me lavo la cara con él.

HELEL: Y yo la beso. (Le besa la cara).

HAGALAZ: Temo que tu señor nos encuentre abrazados...

HELEL: (Extrañado) ¿mi señor?

HAGALAZ: Sí, el señor Helel (asustada).

HELEL: ¿¿¿Helel??? Tú... no te preocupes por él, que no nos verá.

Fin del ACTO 2.